

**SILVIA
CARRASCO**

**ENTRE
SECRETOS Y
MIRADAS
PERDIDAS**



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2024



Ediciones Kiwi

Primera edición, noviembre 2024

ISBN: 978-84-19939-57-9

Depósito Legal: CS 661-2024

© del texto, Silvia Carrasco

© de la cubierta, Borja Puig

© de la foto de cubierta, shutterstock

Corrección, Carol RZ

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para mi hermana, Isabel, y para todas aquellas personas que han tenido que enfrentarse alguna vez a las palabras «enfermedad crónica», sea del tipo que sea esta.

«No te resignes a la realidad.
Acéptala y abrázala.
Es muy diferente.
Si te enfocas en lo que te falta,
nunca serás feliz con lo que ya es,
con lo que ya está».

Cúrame tiempo,
Javier Gallardo



CAPÍTULO I

Briana

—Es una enfermedad crónica. Tienes que aprender a vivir con ella.

Aprieto la mano de mi madre y miro fijamente la pared blanca que tengo enfrente. De fondo, como si estuviera sumergida bajo litros de agua, escucho su voz:

—¿Usted está queriendo decirnos que no hay cura? ¿Mi hija va a tener que vivir siempre con la pierna hinchada y no hay ninguna solución? —Me sujeta cada vez más fuerte la mano mientras va elevando el tono de voz.

—Efectivamente. Siento daros esta noticia. Aquí tenéis unas instrucciones que debéis seguir. El linfedema es una enfermedad con la que se puede vivir y tener una vida casi normal. Hay cosas peores, pensad en positivo.

Su tono de voz frío y tan impersonal me pone la piel de gallina. Empiezo a ver borroso y salgo disparada de la consulta. Mi madre me sigue cogiendo el papel y, tras cerrar la puerta, ahogo un grito y empiezo a llorar. No puedo parar.

Enfermedad crónica. Linfedema. Hinchazón de pierna izquierda. Para siempre. Contorsionista. Trabajo. Circo.

Las palabras se repiten en mi cabeza una y otra vez.

—¿Qué voy a hacer ahora? —pregunto con la voz agarrotada.

Mi madre me abraza y yo me dejo arrastrar fuera del hospital. Sigue pareciendo que llevo tapones en los oídos; la mirada borrosa por las lágrimas y el poco aire que me entra debido a la gran cantidad de mocos que se me acumulan en la nariz y mis fosas nasales hacen que me tropiece.

—Briana, mi amor, tranquila. Encontraremos una solución.

—Mamá, ya lo has escuchado. No hay nada que se pueda hacer.

Los ojos de mi madre empiezan a llenarse de lágrimas. Conseguimos llegar a la parada de autobús y, una vez que nos sentamos juntas, nos agarramos fuerte las manos. Pensé que el peor día de mi vida fue cuando nos mudamos de Colombia a L'Aquila, una ciudad perdida en el centro de Italia, lejos del mar y las playas que tanto amaba, y rodeada de montañas y frío. Sin embargo, qué equivocada estaba; Italia me dio un sinnúmero de oportunidades, y esta enfermedad me las ha quitado de golpe.



Nada más entrar en la casa, mi padre me abraza y comienza a sollozar. Mi madre le contó rápido por teléfono.

—Briana, mi muchacha, encontraremos una solución. No se preocupe, moveremos cielo y tierra. Iremos a otros doctores, buscaremos en internet... Haremos lo que haga falta para que pueda curarse. O, si no, tener una vida lo más normal posible, ¿oyó?

Asiento derrotada. Me subo a mi habitación y me acurruco

entre los peluches que tengo en mi cama. Hace años que estoy poco en mi casa. Trabajar en un circo implica viajar constantemente y vivir en una caravana con otros artistas. A pesar de que para muchos puede sonar a sacrificio, a mí me encanta. Es mi vida, y adoro mi trabajo y lo que hago.

No tengo una vida normal como dijo mi padre. Soy circense y trabajo con mi cuerpo. Ahora mi cuerpo no está bien, mi pierna izquierda lleva hinchándose varios meses y no sabíamos qué podía ser.

Después de distintas pruebas, me han dicho qué es lo que me pasa, y sé que debería sentir alivio. Puedo vivir con un linfedema. Sigo teniendo mis dos piernas y, dentro de lo que cabe, no se nota mucho. No es nada tremendamente grave, pero no se cura y, si no se cura, ¿cómo voy a volver a mi circo? Al Circo della Vita. Tengo que llamar a Fabio, aunque me aterre contarle la noticia.



Al bajar para cenar, y sin haber conseguido relajarme un ápice, oigo los murmullos de mis padres. Carraspeo para que sepan que estoy llegando y se callan.

—Briana, *mija*, ¿cómo sigue? —inquire mi padre, nervioso.

Me encojo de hombros y consigo decir alguna palabra.

—Me siento muy triste. No me puedo creer que esto me esté pasando. Yo estaba sana, ¿por qué decidí cambiarme las malditas pastillas anticonceptivas? Soy estúpida.

—Cariño. —Mi madre se sienta a mi lado y me acaricia el pelo—. No fue su culpa. Tenemos que investigar un poco más para ver si esa ha sido la causa, pero descuide, si lo ha sido, denunciaremos al médico.

—Sí, ese doctor no va a salirse de rositas.

—Vale, pero eso no soluciona el problema principal. ¿Puedo seguir siendo contorsionista?

—Ahora mismo sí, tampoco tiene la pierna tan hinchada...

—Todavía... —susurro.

Mi padre nos sirve sancocho y yo intento disfrutarlo. Cuando estoy lejos de casa, extraño mucho la comida de mi padre, de mi origen, de Colombia. Sin embargo, ahora mismo tengo el estómago tan cerrado que no me cabe ni un arroz parado.

Tras varios meneos a la sopa en silencio, mi madre comienza a hablar:

—Mañana llamaremos a Fabio. Podríamos hacerle una video-llamada. Estaremos a su lado para acompañarla.

—Gracias. —Me tiembla la cuchara solo de pensar que puede que no vuelva al circo.



CAPÍTULO 2

Briana

—¡Briana! ¡Mi niña! ¡Hola! ¿Cómo sigues?

Fabio coge la llamada al segundo tono. Está dentro de la carpa. De fondo, veo a Filippo cogiendo pesas y practicando para su actuación de forzudo. Eso es lo que yo debería estar haciendo: practicar para mi número. En un par de meses comienza la siguiente gira por Italia. Todos estábamos preparando grandes actuaciones. Después del éxito de la temporada pasada y la gran cantidad de beneficios que obtuvimos, Fabio decidió cambiarnos el vestuario y dejarnos probar y explorar nuevas ideas.

—Hola, Fabio —comienzo a hablar con voz temblorosa—. Ya sé qué es lo que tengo.

Tras meses sin saber qué me pasaba, Fabio decidió que era mejor que volviese a casa y descansase durante un tiempo.

—¿Sí? Venga, dime. —Se muestra ilusionado, con su bigote bien peinado y una mirada alegre que no sé cómo va a tornarse cuando me escuche.

Mi padre me aprieta el hombro infundiéndome fuerzas.

—Se llama linfedema. Es una enfermedad crónica, pero puedo hacer una vida normal —comento atropelladamente.

Los ojos marrones de Fabio se abren de par en par.

—Espera... ¿Una enfermedad crónica?

Las lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas y se me quiebra la voz.

—Sí, tengo una lista con recomendaciones que debo seguir. Si las cumplo, puede que no empeore.

—¿Cuáles son? —pregunta con la voz apenada.

—Tengo que lavarme y tocarme suavemente la piel en esa zona. No debo hacerme daño, hacer ejercicio físico, mantener una buena alimentación baja en grasas y sal, hacerme masajes de drenaje linfáticos... —Y ahora comienza la peor parte—. Llevar una media de comprensión, evitar las ropas ajustadas... —Voy bajando el tono a medida que veo como la cara de Fabio va entristeciéndose, y sé lo que está pensando—. Evitar el calor todo lo posible...

—Pero, Briana...

—Lo sé, lo sé. Podríamos buscar alguna solución. He pensado que podría cambiar mi espectáculo. La idea de lanzar una flecha con fuego es reciente, puedo montar otra actuación, y las mallas... Podría ponerme un traje sin medias en las piernas, uno tipo bodi. —Intento sonreír, aunque solo consigo que una mueca se dibuje en mi cara.

Mi madre se ha girado para que Fabio no la vea llorando y mi padre sigue a mi lado con su mano apoyada en mi hombro intentando aparentar serenidad.

—Sí, claro que sí. Pero... Creo que es mejor que te tomes un tiempo de descanso. Una baja, veamos primero cómo evolucionas

con todas esas precauciones. Si puede encontrarse alguna solución...
Buscar la opinión de otros médicos...

—Pero Fabio...

—Briana, acabas de decirme que tienes una enfermedad crónica que afecta a un miembro de tu cuerpo. Podemos buscar soluciones, pero tampoco sabemos si contorsionar tu cuerpo es sano, si debes seguir haciéndolo, si puede afectarte a la larga y empeorarla. Sabes que requiere mucho sacrificio y práctica hacer lo que haces, y solo tienes veinticuatro años. Te queda mucha vida por delante, seamos cautos y date estos meses de reposo.

—Fabio, por favor, déjame intentarlo. No puedo dejar el circo. Es mi plan de vida. No tengo planes B, C o D. Solo existe el circo, el A. No puedo abandonarlo —explico a la desesperada.

—Briana, tranquila, no te estoy diciendo que tengas que dejarlo. Solo que esperemos un poco hasta que veamos cómo evoluciona y aprendamos más de la enfermedad. Sigue practicando los estiramientos en tu casa, pero tómatelo con más calma. Ni se te ocurra usar el fuego, ya pensaremos en otra actuación, y relájate. Disfruta un tiempo. Llevas trabajando desde los nueve años sin parar. Aprovecha este tiempo para estar con tus padres, hacer otras cosas, conocer a otras personas. Y, cuando conozcamos mejor el problema, tomamos una decisión, ¿vale?

Asiento con los ojos anegados en lágrimas. ¿Y si no hay solución? ¿Y si verdaderamente las contorsiones me afectan negativamente? ¿Y si la pierna se me empieza a hinchar más y más y termina como esas patas de elefantes que se ven en internet?

—Briana, te quiero mucho. El circo es tu segunda familia, no te preocupes, encontraremos una solución. Y ahora, descansa.

Me tira un beso antes de colgar y yo me dejo caer en el suelo. Mis padres se sientan cada uno a mi lado y pasamos la tarde así.

¿Cómo se encuentra una solución a algo que no tiene solución?
¿Cómo se encajan las palabras «enfermedad crónica» y se sigue adelante?



CAPÍTULO 3

Briana

Han pasado un par de semanas desde que me dieron la noticia.

Mi pierna sigue hinchándose cada día. Por la noche estoy durmiendo con un cojín bajo el colchón y parece que mejora, pero, una vez que me levanto y empiezo el día, va acumulándose el líquido alrededor de mi tobillo, en mi empeine y en mis dedos.

Cada dos o tres días hablo por videollamada con Filippo y Verónica, mis dos mejores amigos del circo y compañeros de caravana. Cuando se enteraron de la noticia, lloraron conmigo a moco tendido y quisieron venir a visitarme. Se hicieron el camino en coche desde Ancona, una ciudad a orillas del Adriático donde está el circo parado ahora mismo mientras ensayan, hasta L'Aquila, donde viven mis padres. Al verlos, me apretaron entre sus brazos. Filippo me cogió como si fuera una de sus pesas y Verónica me sostuvo sentada en sus pies mientras caminaba con las manos. Yo pude escaparme de ambos gracias a mi grandísima flexibilidad y me gustó que nuestro encuentro fuese como una actuación de circo,

como nuestra propia vida. Pasamos el día juntos y merendamos una buena dosis de rollitos de canela que preparó mi madre, son mis favoritos.

Cuando se fueron, volví a llorar un montón. Es el primer otoño de muchos que vamos a pasar separados, pero tengo que seguir buscando médicos, pidiendo citas y asistiendo a consultas hasta que encuentre alguno que me dé una mínima esperanza.

La esperanza y mis estiramientos son los que me están manteniendo a flote. No puedo hundirme, no si quiero volver al circo, aunque está siendo muy difícil. Además, por si fuera poco, esta maldita enfermedad empeora si mi ánimo y mi humor bajan, así que intento mantenerme lo más serena posible, a pesar de que la tristeza me invade cada vez que me miro mi pierna izquierda.

Hoy me ha tocado ir a la ortopedia. Tienen que medirme la pierna para hacerme una media de compresión en Alemania. Resulta que no debo ponerme una simple media de farmacia, no. Tiene que ser una que se adapte completamente a mi pierna, me la sujete y me la mantenga firme sin estar apretada.

Cuando llegué con el informe, intenté sonreír y comentarle que es solo temporal, hasta que encontremos la cura, sin embargo, el rostro de la dependienta y su mirada lastimosa me indicaron que esa ansiada cura es más improbable de lo que queremos admitirnos.

Así que estoy paseando por la calle central de mi ciudad, con un helado de turrón y una rebeca burdeos porque estamos a punto de entrar en octubre y, en esta ciudad, ya empieza a refrescar. Ensimismada en mi desdicha, giro una calle y me encuentro a dos payasos haciendo un espectáculo de mímica.

Uno va vestido con un traje negro, una camisa blanca y una pajarita negra. Tiene el pelo engominado hacia arriba, negro, la cara pintada de blanco y un bigote negro que se ve a leguas que es

falso. Lleva un globo rojo agarrado en su mano y está moviendo al otro payaso como si fuera un muñeco humano. El segundo payaso va vestido con un traje blanco entero, una chistera negra y escapa del otro con una rueda y un sillín. Lleva los coloretos pintados de rojo y tiene unos ojos expresivos que te hacen reír.

De fondo tienen un reproductor que emite algunos sonidos mientras ellos con la mímica y sus expresiones les provocan la risa a un montón de niños, jóvenes y adultos. Mientras el payaso de negro intenta acercarse al de blanco y moverle el cuerpo, este afloja sus extremidades, le golpea y huye del otro subido en el monociclo.

Repiten los movimientos varias veces cambiando los golpes y las caras hasta que termina la actuación. Los asistentes les aplauden sin parar y ambos hacen una reverencia. Si no hubiera estado tanto tiempo trabajando en un circo, habría sido difícil distinguir que ambos son circenses como yo. La forma en la que sonríen al público, cómo se inclinan ante ellos, la actuación que han realizado y el magnífico vestuario que llevan no me deja duda: han ensayado muchos días y muchas noches.

Mientras recogen y las personas se van retirando, me quedo observándolos a lo lejos. Ambos parecen contentos, pero el de negro no para de vigilarlo todo a su alrededor. Cuando sus ojos me encuentran, detiene su mirada unos segundos.

Al instante, siento un fuerte deseo de saber quién es esa persona que me mira tras el personaje. No obstante, cuando decido acercarme a ellos, el de negro tira fuertemente del brazo del otro y salen caminando más rápido de lo normal.

Me encantaría seguirlos, la curiosidad me puede, pero sé que han huido de mí y no me apetece invadir el espacio personal de nadie.

Decido volver a casa mientras me termino el helado y me pregunto de dónde habrán salido esos dos payasos.



—¡Ian! ¡Para! ¿Qué pasa?

—Matteo, corre, venga, que casi llegamos al coche.

Lo sigo lo más rápido que puedo mientras cargo con el monociclo, la chistera e intento que los poros de mi piel respiren a través de tanto maquillaje.

Llegamos al coche y, antes de que pueda cerrar la puerta, Ian ha metido cuarta.

—Está bien. ¿Has visto a alguien? —Empiezo a inquietarme.

Ian asiente y, pese al blanco de su maquillaje, puedo ver como su piel morena va perdiendo más color. Las orejas no fallan.

Intento buscar alguna broma que relaje el ambiente, pero la verdad es que mi corazón se ha acelerado tanto como el suyo. Apoyo mi mano sobre la de Ian mientras agarra con fuerza la palanca del cambio de marcha y miro el paisaje que nos lleva hacia casa. En mitad de las montañas, fuera de la ciudad, escondidos de los demás entre los Apeninos.

Llegamos a casa en silencio. Nos duchamos juntos y nos tumbamos en el sofá. Ian parece ido y sé que cualquier intento de conversar ahora mismo caerá en vano. Cojo la última novela que estoy leyendo, trata sobre una pareja que se conoce en un aeropuerto y tiene ocho horas de vuelo para decidir si merece la pena volver a verse, y me pierdo entre las páginas.

Se ha ido el sol cuando Ian decide levantarse y preparar un plato de pasta rápido, no sin antes echarme una de las mantas verdes que tenemos en la esquina del sofá.

—¿Así que...? —decido preguntar después de horas sin que se oiga más que la brisa chocando con las hojas del otoño al caer.

—Había una chica que me estaba mirando fijamente a los ojos, como si nos conociera y supiera quiénes éramos.

—Espera, espera, espera... ¿Llevas así toda la tarde por una chica que nos estaba mirando en la actuación?

Se pasa las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás, y el negro de sus ojos se ve reflejado por la luz del salón.

—Te digo que no era una chica cualquiera. Parecía saber quiénes éramos.

—¿Dos payasos en mitad de una ciudad haciendo reír a los demás?

—¡Matte!

—Vale, calma.

—Me he asustado. No sé, llevo toda la tarde pensando que quizás es una estupidez, pero... ¿Y si no? Sabes lo que nos pasó la otra vez y él es capaz de cualquier cosa.

—¿Cómo era la chica?

—Pues no sé. Más baja que nosotros.

Pongo los ojos en blanco. Ambos parecemos dos armarios empotrados, no creo que sea muy difícil ser más pequeña que nosotros.

—Tenía el pelo rizado, muy largo. Mucho.

—Me queda claro. ¿De qué color?

—Castaño. Y estaba comiéndose un helado.

—Vale. Hagamos una cosa, relajémonos lo que queda de noche y mañana volvamos a actuar normal. Si vuelve a aparecer en estos días, en vez de salir corriendo como si fuéramos dos ladrones en pleno atraco, me dices quién es.

—¿Y después?

—Después, analizaremos conjuntamente la situación y veremos cómo actuar.

Vuelve a pasarse las manos por el pelo y se echa hacia atrás en el sofá.

—¿Seguro?

—¿Tienes algún plan mejor? Si quieres, la cogemos entre los dos y le preguntamos quién la envía a matarnos.

Ian ladea la cabeza y enciende la televisión. Por hoy, la conversación ha terminado.



Me despierto con el sonido de las cuerdas de una guitarra de fondo. Me pongo unos pantalones de chándal blanco y me dirijo hacia este.

—Buenos días. —Me saluda sin siquiera levantar la cabeza.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Más o menos. No puedo sacarme su mirada de la cabeza. Parecía que me estaba leyendo. Que sabía quién había detrás del personaje.

—Ian, se te está subiendo la paranoia demasiado ya, eh.

—No sé, puede ser. ¿Damos un paseo?

—Venga, me pongo una sudadera y salimos. A ver si el aire fresco relaja tus neuronas.

Me choca el hombro mientras se dirige a la cocina y prepara los cafés.



—Estoy cansado de vivir así —comenta tras varios minutos en silencio.

—No creo que tengamos tan mala vida. —Abro mis brazos y giro sobre mi cuerpo—. Tenemos una casa en mitad del bosque.

—Cabaña —me corrige.

—Lo que sea. Trabajamos de lo que nos gusta y nos tenemos el uno al otro. Deja de hacerte la víctima.

—Se te están olvidando algunos detalles en tu preciosa realidad, pero bueno.

—Detalles sin importancia. Estaba pensando que podríamos subir al norte. Hace mucho que no veo a mi familia, quizás ya no pase nada.

Frena en seco y alza los hombros. Parece que va a salir corriendo y arrancar de cuajo el árbol que tenemos enfrente.

—Retiro lo dicho.

Se gira y veo el peso del dolor y la angustia en sus ojos. Ojalá pudiera hacer algo para quitárselo, pero, por más que lo intento, el único momento en el que parece que no quiere que se lo trague la tierra es mientras actuamos.

—¿Volvemos a casa? Me gustaría pasar por el supermercado antes de vestirme de payaso. He pensado comprar unas berenjenas. ¿Te apetece cocinarme esta noche una buena *parmigiana*?

—Qué remedio.